

Irak: de la guerra a la paz

Frente a los resultados militares de la guerra de Irak, la oleada de atentados contra el ejército invasor ha llevado a que Colin Powell ponga en marcha toda una estrategia con el objeto de internacionalizar la situación. En el encuentro de agosto entre C. Powell y Kofi Annan, el primero manifestó el interés de su país por internacionalizar la intervención militar, manteniendo el liderazgo y excluyendo la posibilidad de compartir el poder, el segundo aseguró que el Consejo de Seguridad podría decidir no sólo compartir las cargas, sino también las decisiones y la responsabilidad. A pesar de los planteamientos en apariencia irreconciliables se van dando pasos cortos de acercamiento a favor de una mejor administración de la paz.

La entrada triunfal del ejército norteamericano en Bagdad había quedado atrás. En agosto, sabotajes y atentados mortales contra las fuerzas norteamericanas se habían sucedido sin interrupción durante dos semanas. La presión de la opinión pública y de los congresistas

demócratas sobre el gobierno de Washington era cada vez mayor. La oposición había perdido el miedo a criticar abiertamente a Bush en política exterior: aunque no se atrevía a condenar la guerra, desaprobaba las prisas con que se preparó, el abandono de la diplomacia, el aislacionismo y la falta de un plan de gestión de la victoria militar, y acusaba a Bush de ocultar a la opinión pública y al Capitolio los costes reales y el calendario de la ocupación. Desde el 20 de marzo, comienzo de la invasión, casi 300 soldados norteamericanos habían perdido la vida, la mayoría en actos «terroristas». Los 140.000 soldados desplegados en territorio iraquí costaban al Pentágono casi 5.000 millones de dólares mensuales y el dinero presupuestado para la guerra se acabaría el próximo mes de marzo.

Nuevas decisiones

Ante el nuevo cariz de la campaña de Irak, Colin Powell, ministro de Asuntos Exteriores, fue el primero en reaccionar dentro del equipo de gobierno de Bush, recogiendo, igualmente, la inquietud de los jefes militares sobre el terreno. Habló al presidente de la necesidad de contar con más tropas (contra la opinión del secretario de Defensa, D. Rumsfeld) y de conseguir una nueva resolución de la ONU, de manera que se pudiera formar una verdadera coalición internacional bajo mando estadounidense. Logró convencer en seguida a Bush y a su asesora de seguridad, Condoleezza Rice. Por su parte, el senador demócrata Joseph Biden, especialista en cuestiones militares, se manifestó también partidario de pedir la cobertura de la ONU porque –dijo– «de lo contrario, el contribuyente de Estados Unidos soporta toda la carga: sufrimos el 95% de las muertes, aportamos el 95% de las tropas y asumimos el 95% de los costes» (omitió decir que también sumaron el 95% de los votos a favor de la guerra).

En el encuentro del 21 de agosto entre C. Powell y Kofi Annan, secretario general de la ONU, el primero, tras manifestar el interés de su país por «internacionalizar» la intervención militar en Irak, insistió en la necesidad de mantener «un liderazgo claro», excluyendo la posibilidad de compartir el poder. Annan le aseguró que «el Consejo

[de Seguridad] podría decidir transformar la operación estableciendo una fuerza multinacional bajo mandato de la ONU»; lo cual supondría «no sólo compartir las cargas, sino también las decisiones y la responsabilidad».

El 8 de setiembre, el presidente Bush dirigía su primer discurso televisado por todas las cadenas de EE UU desde el 19 de marzo, día en que anunció el bombardeo de Bagdad. Su objetivo era doble: convencer a sus conciudadanos de que la guerra contra Irak no había sido un error y persuadir a la comunidad internacional (lo intentó haciendo gala de una cordialidad desconocida en él) de que la reconstrucción debía ser compartida. Apeló no sólo a la «responsabilidad», sino también al «deber» de los demás países de ayudarle con soldados y recursos, porque –aseguró– «no podemos dejar que las antiguas discrepancias interfirieran con las actuales obligaciones». Anunció que pediría fondos al Congreso por valor de 87.000 millones de dólares: 66.000 para los gastos militares en Irak y Afganistán y 20.000 para la reconstrucción de ambos países (comparativamente, el presupuesto español de 2003 se cifra en 114.500 millones de euros). Pero también insistió en que EE UU gastará «lo que haga falta» para garantizar la victoria, lo cual confirma las sospechas de que los gastos reales superarán el montante del cheque que pensaba solicitar del Congreso. De todas maneras, la suma de lo aprobado en abril por el Congreso –79.000 millones– y lo solicitado ahora duplica los cálculos que se hicieron seis meses antes (la primera guerra del Golfo sólo le había costado a EE UU 9.000 millones de dólares, porque el resto, hasta 82.500 millones, lo pagaron sus aliados).

Ante la opinión pública norteamericana, la proximidad del 11-S jugó a favor del presidente y le facilitó el poder apelar a la «guerra contra el terrorismo», de la que presentó a Irak como el frente central. Como principal argumento alegó que es preferible librar esta batalla lejos de casa y no «en nuestras propias calles, en nuestras propias ciudades». De todas maneras, el conjunto de los cambios anunciados indicaba implícitamente el fracaso de su estrategia. Y lo que calló fue no menos significativo que lo que dijo: ninguna alusión a las «armas de destrucción

masiva» de Sadam, aún por descubrir, con las que había pretendido justificar la declaración de guerra; ningún plazo para la ocupación (palabra que evitó cuidadosamente) o la retirada y ningún recuerdo a Bin Laden, supuesto aliado de Sadam, en paradero desconocido. ¿Reforzó con estas palabras su quebrantada popularidad, 11 puntos menor que en el mes de mayo? En opinión de Howard Dean, uno de los líderes demócratas, «un discurso de 15 minutos no puede enmendar 15 meses de mensajes equívocos sobre las razones de la guerra o 15 semanas de mala gestión de la reconstrucción».

¿Una situación previsible?

Sobre el terreno, la invasión ha desmoronado un Estado ya seriamente quebrantado por diez años de embargo, privado ahora de ejército y policía, hasta convertirse en una especie de agujero negro que atrae a terroristas islámicos: llegan, según el *premier* británico, de 25 países distintos. Es una de las anunciadas consecuencias de esta guerra. Para muchos iraquíes y no pocos árabes y musulmanes de otros países, la guerra sólo puede terminar con la salida, voluntaria o forzada, del ocupante. Hablan de *irakifada*. Y se asegura que un espíritu semejante prevaleció en el mundo islámico durante la guerra de los afganos contra los soviéticos. No hay oficinas de reclutamiento de «brigadas internacionales», pero sirios, egipcios, yemeníes, saudíes, paquistaníes, afganos e indonesios no dejan de afluir.

La pregunta que ni EE UU ni la opinión internacional pueden esquivar ahora es cómo se ha llegado a esta situación en la que la única superpotencia mundial se halla desbordada tras una breve guerra triunfal de tres semanas. La intendencia no podrá alimentar a las líneas de frente: un informe de la Oficina Presupuestaria del Congreso calculaba que, en buena parte a causa de esta guerra, el déficit presupuestario de 2004 alcanzará la cifra récord de medio billón de dólares, por lo que los números rojos se mantendrán hasta 2013.

Un dato del problema que no cabe olvidar es que Norteamérica ha estado aliada hace algo más de dos décadas con Sadam Hussein y que

Osama Bin Laden ha sido un activo colaborador de la CIA. Las continuas intervenciones estadounidenses en los países del Sur causan, con cierta frecuencia, más problemas de los que resuelven, tal vez por desconocimiento de las realidades concretas o, más probablemente, porque en cada caso sólo buscan el propio interés inmediato sin prestar la debida atención a los problemas de fondo que afectan a los países en los que intervienen.

La presidencia de G.W. Bush ha agravado esta tendencia errática de la política exterior norteamericana en los países del Sur. Se dejó guiar en un principio por el grupo de sus consejeros «nacionalistas realistas», que consideraban una pérdida de tiempo «reconstruir naciones» a la manera de Clinton, para, tras el 11-S, dejarse inspirar por los «neóconservadores», que le ofrecieron la doctrina de seguridad que necesitaba en aquel momento, según la cual había que llevar la democracia no sólo a determinados países sino a regiones enteras, empezando por el Próximo Oriente: a Palestina, Irak, Irán, Afganistán... Para conseguirlo, Bush confiaba esencialmente en su imponente arsenal armamentístico. Sin duda, es aún demasiado pronto para exigir los frutos de su nueva doctrina de extensión de la democracia, porque tal cosa no se consigue en un año ni en dos. Pero, mientras tanto, ha generado más inestabilidad y más violencia en el Oriente Próximo. De hecho, los mismos mandatarios norteamericanos habían previsto un recrudecimiento del terrorismo como consecuencia de la reciente guerra de Irak. Si la doctrina de seguridad de Bush pretende democratizar regiones enteras del globo a base de campañas militares, eso quiere decir que estamos solamente en los comienzos de una nueva época, no ya de «guerra fría», sino de enfrentamientos armados.

Todo ello, a pesar de que una encuesta había revelado que los estadounidenses prefieren que sea la ONU quien se ocupe de resolver las crisis internacionales. Pero Bush, instalado en un unilateralismo a escala mundial que EE UU nunca había practicado con anterioridad, no sólo se lanzó a la aventura de instalar por la fuerza la democracia en Irak, sino que lo hizo sin el apoyo de la ONU.

Buscar una salida

Tras una primera etapa de atentados no muy coordinados, se ha pasado en Irak a una oleada de ataques bien planeados, con medios técnicos, capaces de transmitir la sensación de caos, de atemorizar a la comunidad internacional y de dar a entender que Estados Unidos no controla ya el país. Manifiestamente, hacer la guerra no es lo mismo que hacer la paz. Enunciar esta obviedad no es, por desgracia, algo superfluo. No lo es cuando grandes responsables políticos se atreven a hacer afirmaciones tan rotundas como la siguiente de D. Rumsfeld: «los iraquíes viven ahora mucho mejor que hace cinco meses». La cruda realidad es que les falta lo más esencial: el agua, la seguridad, la electricidad, los cuidados sanitarios se han convertido en bienes escasos o de pésima calidad. Los beneficios del petróleo están siendo muy inferiores a lo previsto por culpa de los continuos sabotajes y por la vetustez de toda la infraestructura industrial. Y los soldados norteamericanos empiezan a estar desmoralizados por el goteo de víctimas y los largos periodos de servicio.

Ante semejante situación no es de recibo descargar buena parte de la responsabilidad sobre los mismos iraquíes, como lo hizo D. Rumsfeld a primeros de setiembre: «Este país —dijo— pertenece a los iraquíes y son ellos los responsables de su seguridad». Una de las consecuencias de semejante planteamiento —y de la improvisación en la gestión de la «posguerra»— es que los diferentes grupos étnicos y religiosos se están organizando para autoprotegerse y se resisten a entregar sus armas; incluso algunos, como los *peshmergas* kurdos y dos facciones chiíes, gozan del consentimiento más o menos explícito de las fuerzas de ocupación. La situación está adquiriendo tal gravedad que, por una parte, se hace urgente poder ofrecer lo antes posible a la población unas mejores condiciones de vida (se dice que sería necesario conseguirlo para antes del comienzo del Ramadán, a mediados de octubre). Incluso se empieza a hablar de un peligro inminente de guerra civil. El mismo Bush reconoció que la reconstrucción, pacificación y democratización del país, podría «costar años, no meses» y pidió a los suyos «perseverancia, paciencia y voluntad», para terminar

prometiendo, en el mismo discurso a los veteranos de guerra, que nunca ordenaría «una retirada» antes de obtener «una victoria completa».

En setiembre se ha ido generalizando la convicción de que, para hacer la paz, será necesario el concurso de muchas voluntades, empezando, naturalmente, por la de los propios iraquíes. Habrá que contar también con la voluntad de los países con peso específico internacional, concretamente con los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, lo cual, de una u otra manera, significa la vuelta al multilateralismo. Estados Unidos cuenta presentar un nuevo proyecto de resolución a fines de setiembre ante dicho Consejo (ahora presidido por el Reino Unido). Será la hora de «compartir decisiones y responsabilidad», en palabras de K. Annan. Como recordó C. Powell, intentando sumar colaboraciones, «tenemos un objetivo común: devolver la soberanía al pueblo iraquí lo más rápidamente posible». Esta nueva perspectiva tenía puntos de coincidencia con la del jefe de la diplomacia francesa, D. de Villepin, quien ya había advertido que era necesario pasar «de una lógica de ocupación a una lógica de soberanía» de Irak y que la nueva resolución solicitada por los EE UU no ha de servir para legalizar un hecho consumado. La forma concreta de intervención en Irak podría parecerse a la recientemente empleada con éxito en la República Democrática del Congo, donde el Consejo de Seguridad autorizó el envío de una fuerza multinacional dirigida por Francia para pacificar la región del Ituri. En Irak, los EE UU ostentarían el mando unificado de las tropas de intervención, sin que ello signifique relegar a la ONU a un papel meramente humanitario.

Sin embargo la reunión en Ginebra, el 13 de setiembre, de los ministros de Exteriores de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad sólo consiguió un acuerdo sobre la necesidad de «devolver la soberanía» cuanto antes a los iraquíes; por lo demás, las divergencias fueron considerables: mientras los EE UU no fijaban ningún plazo a la consecución de este objetivo final ni aceptaban compartir el mando militar, Francia exigía que «los invasores» se retiren de la gestión política y económica de Irak, para limitarse solamente a arreglar el «caos» de seguridad actual. Pero es de esperar que, tras esta primera

ronda un tanto maximalista, los interlocutores busquen el entendimiento que permita votar una resolución común a fines de setiembre. La constitución de una fuerza internacional puede salvar a los EE UU de una «vietnamización» del conflicto irakí.

Otro acontecimiento esperanzador, producido en el mes de setiembre, ha sido la admisión de un representante del actual Consejo de Gobierno iraquí en el seno de la Liga Árabe, en un momento en que los sentimientos de humillación, frustración y desesperación están alcanzando peligrosamente a todos los sectores políticos del mundo árabe. La misma ONU no se libra del resentimiento general de los países árabes e islámicos, al mismo tiempo que de su desprecio por no haber sido capaz de impedir la guerra de Irak ni de detener la desmedida política israelí de represión contra el pueblo palestino. Tal vez por ello, el gravísimo atentado contra este organismo internacional en Bagdad no despertó excesiva indignación en el mundo árabe y musulmán. K. Annan ha lanzado, igualmente en este mes de setiembre, una llamada urgente a reformar la ONU porque el mundo actual es muy diferente de aquel que la vio nacer en 1945 y porque «no hay sustituto a la legitimidad de Naciones Unidas». Las circunstancias que rodean el actual conflicto de Irak parecen darle la razón.

De todas maneras, la presente coyuntura es sin duda mucho más favorable que la que prevaleció durante la primavera y el invierno pasados en orden a que los países más poderosos, olvidando los recientes desacuerdos, encuentren una fórmula que les permita sumar sus fuerzas para sacar a Irak del actual atolladero y para que también el mundo árabe y musulmán dé su aprobación a esta empresa de pacificación y devolución de la soberanía. Condición *sine qua non* para ello es la vuelta a la legalidad internacional que encarna la ONU. Sin esa legalidad, los países islámicos seguirían viendo toda esta operación como una más del imperialismo occidental. Finalmente, de puertas adentro, la reconciliación nacional en Irak y su pacificación definitiva exigirán también alguna «comisión de la verdad» que ayude a exorcizar los demonios de la larga dictadura que han padecido bajo Sadam Hussein. ■